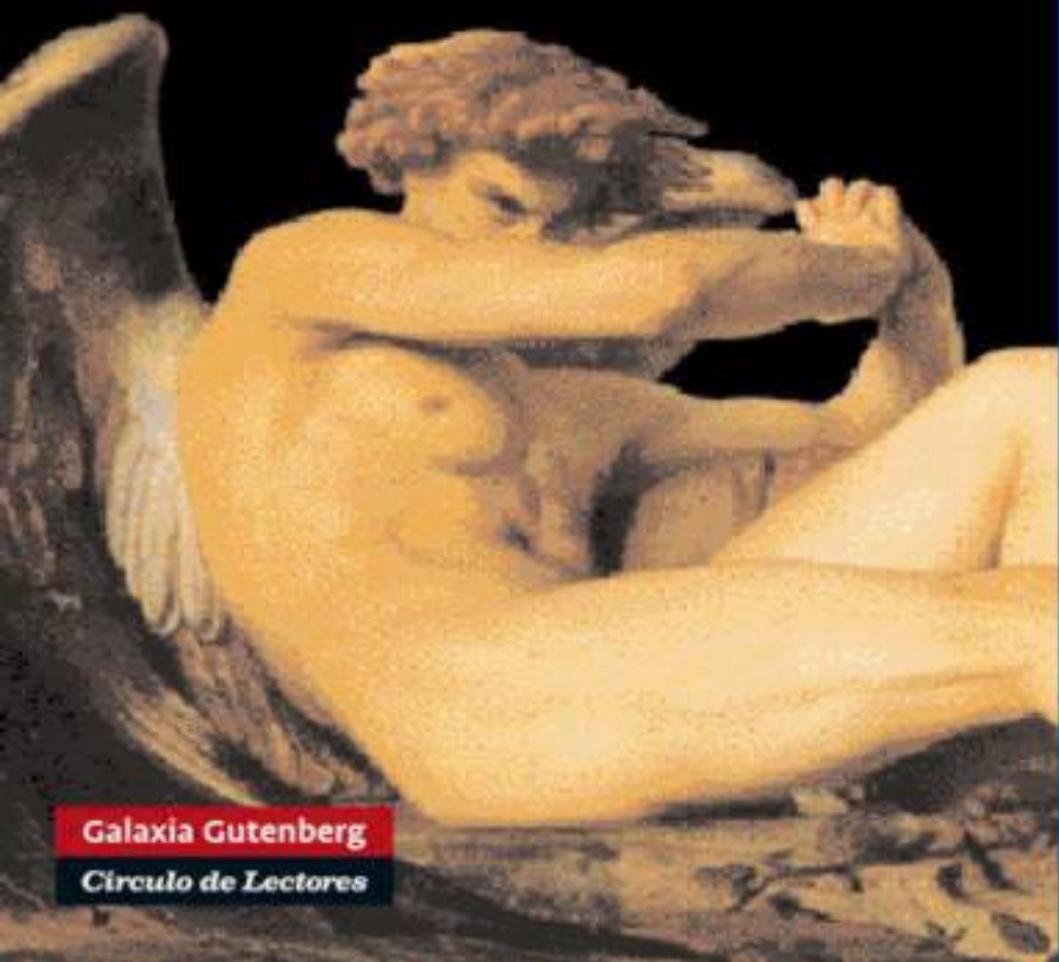


# Pietro Citati

## El mal absoluto

En el corazón de la novela  
del siglo XIX



**Galaxia Gutenberg**

*Círculo de Lectores*

**Pietro Citati** nace en Florencia en 1930 y estudia en Turín, hasta que en 1942 se traslada con su familia a Liguria, donde empieza a leer y a estudiar de forma autodidacta a Shakespeare, Homero o Poe, entre otros. En 1951 se licencia en Letras Modernas en la Scuola Normale Superiore di Pisa y, descubierta ya su vocación, da inicio a su trayectoria de crítico literario en revistas como *Il Punto*, *L'Approdo* o *Paragone*, hasta llegar a convertirse con el transcurso de los años en el director de la sección cultural de *Il Corriere della Sera* y ejercer la crítica literaria en el influyente *La Repubblica*. Ganador de numerosos premios, el más reciente de ellos el *Prix de la Latinité*, concedido por la Academia Francesa y la de las Letras Brasileñas, de entre su extensa obra de ensayo y biografía –género en el que se le considera un verdadero maestro–, cabe destacar *Goethe* (1970), ganadora del premio Vareggio; *La vida breve de Katherine Mansfield* (1980); *Tolstoj* (1983), que mereció el premio Strega; *Kafka* (1987); *Historia primero feliz, luego penosísima y funesta* (1989); *La colomba pugnata* (1995); *La luz de la noche* (1996), *Israele e l'Islam. Le scintille di Dio* (2003), y *La civiltà letteraria europea* (2005). En *El mal absoluto*, Pietro Citati hace un recorrido por el género por excelencia del siglo XIX: la novela; y con la idea subyacente del mal como elemento de fascinación, habla de los libros al tiempo que evoca la presencia de sus autores, sus gestos, sus manías, sus grandes y vitales contradicciones: el espíritu de huida de Defoe, los instintos destructivos de Goethe, las infinitas encarnaciones de Balzac, la invencible discreción de Hawthorne, la risa alocada y las incursiones en las tinieblas de Dickens o el humor negro y la ilimitada piedad de Dostoievski.

¿Existe en esta sorprendente galería de retratos un hilo que ligue al aventurero Robinson y a la lunar Jane Austen, al insondable De Quincey, al infernal Vautrin y a l'enfant terrible Pinocho, al neurótico Manzoni y al melancólico Poe, los ojos de Emma Bovary y los caballos de Leskov, los nagatamos de Salgari y las niñas de Lewis Carroll? Sí, existe. No estamos solamente frente a un género literario en su esplendor o ante un siglo de maravillosos y enloquecidos cambios: se trata de la clarividente y lúcida mirada de Pietro Citati. Su capacidad para ver sin los cristales deformadores de las ideologías, su pasión por los desafíos de la mente y los diferentes niveles de la existencia, su capacidad para dejarse habitar por la multitud de rostros y de voces que se hacinan en cada escritor y vibran en su obra, «reflejos de reflejos, ecos de ecos».

Y por debajo de Balzac, Poe, Dumas, Hawthorne, Dostoievski, Dickens, Stevenson o James, la imagen por la que todos se sintieron atraídos, la idea que subyace en todos sus escritos: la del mal absoluto. No el pequeño y tedioso mal de la realidad cotidiana, sino la fascinación que provocan las grandes alas negras, impregnadas todavía de luz, de Satanás y los ángeles caídos.



## Sobre *Robinson Crusoe*

*La vida y las extrañas y sorprendentes aventuras de Robinson Crusoe de York, marino* están dominadas por la pasión. No es un sentimiento, o un humor, o un capricho, o una simple mutabilidad del temperamento, como algunas veces parece creer Robinson, sino una fuerza tremenda, que tiene un origen misterioso y pronto se convierte en un destino contra el que no hay remedio, obstáculo o resistencia posible. ¿Qué hacer contra la pasión de Robinson? Es una profunda insatisfacción por la situación en que Dios y la naturaleza lo han colocado: un instinto de autodestrucción, un deseo de huida que se adueña de él en la juventud, lo empuja a intentar la aventura por mar y, a pesar de los naufragios, las desventuras y los desastres, lo atrapa siempre de nuevo. Pasa unos años en Brasil, donde la fortuna bendice su existencia de cultivador; y de nuevo lo vemos partir, naufragar en una isla desierta, vivir en ella durante veintiocho años y, después de un breve paréntesis en Inglaterra, reemprender el viaje por los océanos.

No sabemos cómo definir esta pasión. Ni siquiera Defoe lo sabe. Por una parte, habla de «pecado original»; en tal caso, tendríamos que pensar que un poder demoníaco persigue a Robinson y lo impulsa a dejarse tentar por el Mal, como uno de los grandes pecadores de la Biblia. Pero por otra parte, ante ciertos inesperados destellos, tenemos la impresión opuesta. El deseo de huida es querido por Dios: «el pecado original» no es obra de Satanás sino del Creador, que nos desvela su rostro arcano y oscuro, oculto en lo

más profundo de nuestro corazón. Si bien muchos de los que llevan una vida honesta y limitada ignoran a este Dios misterioso, Robinson conoce su ambigüedad infinita. Defoe no continúa con su propia exploración teológica. Se limita a constatar la difusión del «espíritu de huida» en su tiempo: cuántos hombres cruzan la tierra tratando de desahogar una inquietud que estalla como una epidemia a finales del siglo XVII. Como tantas veces se ha repetido, Robinson encarna el espíritu de los primeros y aventurados capitalistas modernos.

Pero Dios proyecta otra imagen de sí mismo sobre la tierra. En otro tiempo, había elegido como emblema al escritor de libros sagrados, al sacerdote, al guerrero, al rey, al monje. Ahora elige al burgués: esa condición media, lejana de los fastos de los grandes y de las miserias de los artesanos y de los campesinos, que vive laboriosamente en el campo y en las nuevas ciudades de los tiempos modernos. Lo que Dios ama en esta clase es precisamente lo contrario de lo que había amado y detestado en los primeros capitalistas: la templanza, la moderación, la serenidad de los sentimientos; el rechazo de toda ansia, envidia, ambición y deseo de poder. El burgués vive en la tierra para afirmar el orden y la armonía de la Providencia divina: en su existencia todo debe repetirse y mantenerse fiel a sí mismo con la rítmica cadencia que rige las estaciones. Si Dios ha inoculado en las venas de Robinson el veneno del espíritu de fuga, después lo hará naufragar y lo confinará en una isla sin nombre, para mostrarle su rostro providencial y burgués.

Presa del huracán, arrastrada durante doce días «donde el destino y el viento quisieran», la nave de Robinson naufraga el 30 de septiembre de 1659 frente a una isla desconocida. Entre olas encrespadas, altas como montañas, que lo zarandean y lo arrojan contra los escollos, sólo Robinson alcanza la playa a nado. Se sienta sobre la hierba de la orilla.

Dirige su mirada al mar donde «tres sombreros, una boina y tres zapatos desparejados» le recuerdan los compañeros muertos; y camina arriba y abajo por la playa, levantando sus ojos al cielo, «con todo su ser absorto en consideraciones sobre la propia salvación». Agradece al cielo que lo haya salvado, pero solo, inerme, sin comida, se da cuenta de hasta qué punto resulta terrible esa salvación. Todavía no sabe que, en ese momento, ya no es Robinson Crusoe, nacido en York, Inglaterra, veintisiete años antes. Él es el nuevo Adán: Dios le ha elegido a él entre millones de hombres, le ha llevado a la isla y le ha salvado, para hacer de su vida un *ejemplo*, una «taracea de la Providencia».

No podría haber naufragio más afortunado ni Adán más amado por su Dios oscuro y afectuoso. La nave naufraga cerca de la isla. Robinson construye una balsa y la carga con los restos del naufragio. Con qué complacencia enumeradora, con qué pedantería contable y mercantil, nombra Defoe, uno por uno, los objetos encontrados. Pan, arroz, tres tipos de queso holandés, cinco trozos de carne de cabra seca, botellas de licor, ropa, herramientas de carpintero, dos fusiles de caza, dos pistolas, una bolsa de balas, dos viejos sables, cajas y barriles de pólvora; y también clavos, un martillo grande, una docena de hachas, una piedra de afilar, dos o tres palanquetas, más barriles de pólvora, siete mosquetes, una hamaca, mantas, colchones; además, pan, tres barricas de ron, un paquete de azúcar, un tonel de harina fina, una maroma, un cabo para remolcar, vergas, navajas barberas, cuchillos, tenedores; e incluso una Biblia, plumas, tinta, papel y brújulas e instrumentos matemáticos y astronómicos y cartas geográficas y libros de navegación.

Muchos han reído leyendo estas páginas; muchos, entre ellos Verne, las han imitado. Los niños, por su parte, las han disfrutado sin reservas, entusiasmados ante esta exuberante pedantería infantil. La isla solitaria parece transformarse en un emporio comercial: uno de los muchos que holande-

ses e ingleses abrían a lo largo de las rutas marinas. Dios se nos muestra como un mercader y Robinson como un burgués ahorrativo que acumula mercancías en su gruta. Si él es Adán, Defoe no puede permitir que esté absolutamente desnudo con su Dios, y comienza con él uno de esos diálogos desesperados que los místicos atribuían a sus almas privilegiadas, también ellas habitantes de una isla desierta. La soledad absoluta produce miedo tanto en Defoe como en Robinson y asimismo, probablemente, en ese Dios misterioso; la existencia de su «ejemplo» debe ser lo más afín posible a la de un burgués que trabaje y acumule en un pueblo de Inglaterra o de Brasil: llena de objetos y de fantasías en torno a éstos.

Con estas provisiones, al menos por un tiempo, Robinson podría vivir de las rentas. Pero nada más lejos de los planes de Defoe y de Dios. En cuanto llega a la playa, Robinson comienza a trabajar. Pone en ello una tenacidad inagotable y una maravillosa inteligencia práctica, capaz de resolver cualquier dificultad o problema, tal como miles de años antes lo había hecho Ulises. El trabajo es su terapia y su religión: cura la soledad, es un bálsamo para el alma, aleja la melancolía, vence el dolor, mide el tiempo, anula el recuerdo. Cuando llega a la isla, Robinson no sabe hacer casi nada y aprende todos los oficios de la historia humana. Se hace carpintero para construir una silla, una mesa y estanterías. Se convierte en campesino cuando cultiva cebada, centeno y una viña. Pastorea y domestica cabras salvajes, gatas y un papagayo. Es alfarero y admira con alegría incontenible la belleza de sus pucheros, capaces de soportar el fuego. Y también paraguero, sastre, cocinero, pastelero, constructor de barcas.

Como señalaba Marx, la vida burguesa, que en los tiempos de Defoe triunfaba en Europa y en América, celebra su propio triunfo supremo aquí, en una isla desierta, donde no se puede comprar ni vender, comerciar ni exportar. A Robinson no le basta con tener una casa: se construye una se-

gunda residencia en un lugar agradable y florido donde pasa las vacaciones como un burgués. No le basta con tener a su disposición lo más necesario. Hace provisión de uvas, cidras y limones; almacena la primera cosecha para poder sembrarla otra vez: con el tiempo consigue una abundante cosecha –720 kilos de cebada y 720 de centeno– que supera sus necesidades. Si la isla no estuviera separada del resto del mundo por «barreras y obstáculos eternos», habría podido comerciar como hacían los barcos en los que había recorrido los océanos tiempo atrás.

En todo lo que hace Robinson hay un espíritu de meticulosa precisión, como si Defoe hubiese proyectado en él la imagen opuesta a su vida desordenada. Robinson es minucioso hasta la obsesión: si suprime los sentimientos y lo erótico del relato de su vida, no es sólo por discreción, sino porque lo erótico y los afectos confunden y emborronan las líneas del destino. Lo que él desea antes que nada es *medir*: medir el tiempo y el espacio; por eso ninguna de sus expediciones al barco es más importante que aquella en la que transporta a la costa la tinta, la pluma, la brújula, los instrumentos matemáticos, los mapas. Sabe que el orden y la medida son los fundamentos de la civilización occidental; fija un horario de trabajo, prepara un menú diario, organiza su vida, contabiliza la moral y lo maravilloso. Comete un único error (por el que se muestra inconsolable) en su medición del tiempo: presa de fiebres tercianas, duerme dos noches seguidas sin darse cuenta. De este modo, no sólo obedece al espíritu burgués. Obedece sobre todo al espíritu de Dios, el Gran Medidor, el Gran Burgués, que divide su vida en períodos perfectamente simétricos, según la ley soberana del número.

Con el paso de los años, la isla se convierte en un lugar de vida cívica. Robinson ya no añora Londres y Europa porque toda Europa está allí, con sus trabajos, sus medidas, su tiempo, su orden. En los veintiocho años de exilio, durante los cuales ha sido ganadero, campesino, artesano y marine-

ro, reproduce todas las fases de la civilización europea, desde que las resplandecientes espadas de los querubines expulsaron a Adán del Paraíso terrenal. No experimenta ningún deseo de cambiar la vida humana inventando una historia diferente: ni lo experimenta Defoe ni, mucho menos, Dios, que es el responsable de la historia. Todo lo que el hombre ha hecho está *bien*, como dice Dios en el Génesis al repasar los seis días de la creación. *La vida y las extrañas y sorprendentes aventuras de Robinson Crusoe de York, marino* están dedicadas a un típico lugar utópico como la isla. Sin embargo, nadie ha escrito nunca un libro menos utópico que éste, que recomienda con sobria elocuencia las bondades de lo que existe en la tierra. Sólo la inusitada furia de pasión y huida que anida en el tenebroso corazón de Robinson nos recuerda que existen otros lugares.

En los primeros meses de la vida en la isla, como en los años de la juventud, Robinson se había olvidado del Señor. De pronto enferma; unas violentísimas fiebres tercianas lo dejan postrado; delira, consigue dormir y en el sueño se le aparece un Dios perseguidor con el rostro resplandeciente como las llamas y una voz terrible. Trata de matarlo con una lanza y le dice: «Puesto que todos estos hechos no te han llevado al arrepentimiento, morirás». Robinson se despierta extenuado: abre la Biblia distraídamente y las primeras palabras que aparecen ante sus ojos son: «Invoca mi nombre el día de la desgracia y yo te salvaré, y tú me glorificarás». Impresionado y conmovido por estas palabras, se arrodilla y reza al Dios desconocido. Cae en un sueño profundo, duerme durante casi dos días y se despierta con el alma ligera y alegre. La historia de Pablo y Agustín se repite. En la hora de la enfermedad y la desolación, Dios se adueña de la mente y el cuerpo de Robinson, y habita dentro de él.

Este Dios no es ya aquella figura tenebrosa que le había empujado a huir y a romper toda atadura. Es el Creador, el

Ordenador del universo: la Providencia que todo lo determina. Es el Alfarero que da forma a todos los cacharros sin que ninguno de ellos pueda decirle: «¿Por qué me has dado esta forma?». Está arriba, en lo alto, en el cielo que él ha creado; y no toma las facciones de Cristo, que ha venido a la tierra asumiendo el cuerpo humano e inmolándose y sacrificándose por nosotros. Robinson experimenta una profunda y sobria veneración por esta lejana y omnipresente figura. No podríamos afirmar que la ame; en efecto, no siente por ella esos arrebatos, esos impulsos, esos sentimientos amorosos que arrojan al místico a una aventura desesperada e imposible. Robinson lee la Biblia, repite mentalmente las obras de Dios, le reza y nota su presencia en el trabajo cotidiano, en la medida del tiempo, en el orden metódico impuesto en todas las horas y todos los minutos.

Así comienza la segunda parte de la vida de Robinson en la isla. Ya no tiene deseos: el mundo, que tanto añoraba al principio, le parece algo remoto y no pone en él ninguna esperanza. Mientras caza, labra, cultiva, fabrica cacharros, acaricia las cabras y las gatas no hace más que encontrar la Providencia de Dios: él mismo es signo, símbolo, la «taracea» de la Providencia. Dios está presente por todas partes en su «vida de silencio» y soledad. Y entonces ya sólo puede anhelar más silencio, más soledad. Teme agresores desconocidos fruto de su fantasía. Se construye una existencia de clausura, encerrándose en la isla ya alejada del mundo. Se constriñe cada vez más al cuerpo de la isla como si se constriñese (palabras que le habrían parecido blasfemas) al cuerpo de Dios; y esta clausura casi obsesiva se tiñe de los colores suaves y delicados de la beatitud.

En cuanto naufraga, Robinson había llamado «isla horrenda» a la tierra desconocida; después, a lo largo de los años de encierro, se convierte en «mi isla», fórmula que repite en tono cada vez más afectuoso, como si se dirigiese a una hermana o a una hija. Pero imaginemos a un romántico. Imaginemos que Chateaubriand hubiera llegado donde

había llegado Robinson Crusoe: habría recorrido las costas, las colinas, los bosques y los matorrales, identificándose con la isla y, a través de ella, con la naturaleza salvaje, embriagándose con el propio éxtasis. Nada de esto sucede en *Robinson Crusoe*. A pesar del afecto, la isla permanece sin nombre hasta el final. Nunca encarna el alma de la naturaleza, que Defoe no conoce. Es sólo un *lugar* que Robinson usa, cultiva, labra, explora, defiende, para cumplir con el deber que Dios le ha impuesto. Un romántico no habría deseado nunca convertirse en el soberano de la isla. Robinson no piensa en otra cosa: imagina ser el gobernador y el rey absoluto, porque él es el nuevo Adán, al que, al comienzo de la historia, el Génesis confía el pleno dominio del universo.

Casi mediada la novela, mientras se encamina a la playa, Robinson se queda completamente pasmado al descubrir en la arena la huella de un pie desnudo.

Me quedé como fulminado, como si hubiese visto un fantasma. Agucé el oído, miré a mi alrededor: no vi ni oí nada. Subí a una elevación del terreno para mirar más lejos. Recorrí la playa arriba y abajo, pero todo fue inútil; no pude descubrir más huella humana que aquella.

Qué terror. Ahora Robinson es tan prisionero de su encierro que ve en la huella humana una señal terrible: la violación y la profanación de su plácida soledad. En ese momento, el idilio sagrado con Dios, en el que había vivido tantos años, queda roto para siempre. Todo lo que Robinson había reprimido aflora: fantasías, angustias, anhelos, deseos, ansia de escuchar una voz humana. Otra vez querría huir: su mente inquieta, su temperamento impaciente se adueñan nuevamente de él y borran su resignación en la Providencia. El encuentro con Viernes lo apacigua durante un tiempo.

Después de veintiocho años llega el abandono definitivo: Robinson deja la isla. Podríamos acusarlo de dureza de

corazón, porque deja la isla sin un lamento, él que había amado tanto aquellas costas, aquellas grutas y aquellos bosques. En realidad, el libro es abandonado por la isla, el gran tema poético que había fecundado inagotablemente la magnífica y minuciosa imaginación de Defoe. *La vida y las extrañas y sorprendentes aventuras de Robinson Crusoe* y su mediocre continuación, *Las aventuras posteriores*, se precipitan. La isla se degrada por las crueles vicisitudes de la historia. Después de una pausa de algunos años, a Robinson le asalta su «pecado original»: el impulso de huida que lo arrastra una vez más por todo el mundo –África, la India, China, Rusia–, sin que llegue a comprender en qué consiste su tiniebla interior. La Providencia, que había reinado soberana en la isla, se aleja poco a poco: huye, se esconde; o es sustituida por algún despistado revoloteo edificante. Tal vez se quedó allí, en el pasado irrevocable, junto al viejo perro, la gata y las mansas cabras.

Qué extraordinario libro es *Robinson Crusoe* y cómo se enriquece cada vez que lo releemos. Defoe no describe de forma minuciosa los objetos; nunca tiene el toque del pintor «flamenco»; sin embargo, cuando habla de azadas, palas, sillas, granos de cebada, pucheros, nos parece ver una azada y un puchero por primera vez. Le gustan las grandes imágenes y los grandes gestos, consistentes e inconscientemente simbólicos: Robinson recién naufragado, el primer disparo de fusil en la isla, la huella del pie desnudo en la playa. Ama sobre todo el mar, las olas enormes de la tormenta, las olas que se suceden una a la otra, las corrientes, los remansos, la calma, el oleaje en la orilla. Quizá constituya la imagen central de *Robinson Crusoe*, porque el mar revela el rostro oscuro de Dios, que se confunde con el del Adversario.

## Retrato de Potocki

Nacido en 1761, Jan Potocki descendía de una de las familias más antiguas y ricas de Polonia. Su madre había sido amada por Estanislao Augusto, rey de Polonia. La familia con quien emparentó –los Lubomirski– poseía tierras desde Silesia hasta la frontera turca, vidrierías, destilerías, inmensas extensiones de pastos y bosques, una parte del Palais-Royal y de l'Île Saint-Louis en París. En calidad de prima autoritaria, inteligente y chismosa, su suegra era recibida por María Teresa, Luis XV y Luis XVI. Potocki nació en un castillo, en Pikow, y durante toda su vida vivió, y fue invitado, en los castillos y palacios más bellos de Europa. El de Láncut, que pertenecía a los Lubomirski, era «un prodigio de blanco y rosa», barroco y rococó: dos torres cubiertas de cobre lo dominaban; en el jardín, en los setos franceses y en los invernaderos crecían las flores y los árboles más raros del sur. Sus dependencias estaban abarrotadas de objetos chinos, saloncitos turcos, panoplias árabes y tártaras, pinturas italianas y francesas, libros llegados de París y Ámsterdam. Jan Potocki pasó toda su vida rodeado por el perfume y la comodidad de la riqueza, gastando dinero cuyo origen desconocía. En todas partes estaba en casa: en las cortes y en los salones de Viena y de París, de Varsovia y de Londres, de San Petersburgo y de Berlín. Conversaba con los aristócratas y con los *philosophes*, con Marat y con De Maistre, como si la vida fuese una tertulia amable y culta que no pudiera interrumpirse nunca.

Es difícil decir quién era Jan Potocki en los tiempos dorados de la juventud. Sus amigos contaban que era un melancólico: un saturnino, sujeto a euforias y a depresiones igualmente violentas. Pero como todo melancólico parecía el más polifacético de los seres humanos. Sentía una inmensa curiosidad por todo lo que existiera allá donde existiera o pudiera tener la más ligera posibilidad de existir. Era un pedante y, al mismo tiempo, su vivísima imaginación le hacía compartir todas sus pasiones y sensaciones. Amaba la razón geométrica con la arrogancia de un ilustrado y le fascinaban las tinieblas, los misterios y los trucos que se oponen a la razón, y jugaba con estas tinieblas y estos misterios. Quizá sus amigos no sospechaban que el amable gentilhomme de frac, corbata de lazo y patillas, cuya panza comenzaba a redondearse, albergaba el más demoníaco espíritu de la parodia que le obligaba a tomarse todo como un juego. Amaba el mar. Cuando el barco surcaba el Mediterráneo, Potocki fijaba su mirada en las olas que se rompían contra el casco y en la huella fosforescente de la estela, y su pensamiento (y su *rêverie*) abandonaba todo lo determinado, no atisbaba más que posibilidades y matices, aventurándose en el mar peligrosísimo del infinito.

Sabía hebreo, griego, latín, árabe y casi todas las lenguas modernas. Tenía una magnífica cultura clásica: conocía a Heródoto de memoria; no había aspecto de la literatura esotérica, del neoplatonismo a los libros herméticos, de los apócrifos del Antiguo Testamento a la astrología clásica, de la Cábala a Swedenborg, que ignorase. Conocía la religión persa y el islam. Estudiaba historia natural, geometría, física, matemáticas, geología, economía política, poliorcética. A las escribanías de su castillo llegaban –como treinta años más tarde a la de Pushkin– todas las novelas, panfletos, revistas, tratados y enciclopedias que se imprimían en las fecundas tipografías de finales del siglo XVIII. Con inteligencia de cronógrafo, historiador y etnólogo, estudió la civilización egipcia, en la que vislumbraba la madre de toda cultura y,